XXXIV Domingo del Tiempo Ordinario C

Solemnidad. Jesucristo Rey del Universo

El valor de un recuerdo

"Uno de los malhechores crucificados insultaba a Jesús. Pero el otro decía: Acuérdate de mí cuanto estés en tu reino". San Lucas, cap. 23.

¿Por qué será que la mayoría de los poemas nos hablan del recuerdo? Es él una parte del alma donde guardamos huellas de los seres amados. Una pequeña región de nuestro ser, donde le hemos consagrado un altar al amigo, a cuya sombra nos protegemos de tantas soledades.

Para esta labor, amable y ardua a la vez de recordar, le hemos pedido ayuda a la materia. Levantamos obeliscos, fundimos el bronce, labramos la madera y el mármol. Grabamos un corazón y un nombre en la corteza de aquel árbol.

Señala el evangelista que uno de los ladrones crucificados con Jesús conocía el valor del recuerdo. Quizás alguna vez volvió a encontrarse con la mujer que amaba y comprobó que el recuerdo le había fortalecido en las ausencias. ¿Pero este profeta nazareno que agonizaba a su lado, tendría capacidad de algún recuerdo más limpio, más fuerte, más lleno de esperanza? Al fin y al cabo el recuerdo nace del amor y contaban que el Nazareno amaba de una manera extraordinaria, aún a sus propios enemigos. ¿Qué pasaría si este vecino agonizante se acordara de él, cuando los dos marcharan por ese camino inexplorado de la muerte?

Entonces, desde su dolor y su agonía, le gritó al Maestro: Jesús, acuérdate de mí cuando estés en tu reino.

El Evangelio acostumbra narrar las cosas más altas, con sencillez extraordinaria. "Jesús le respondió: Hoy estarás conmigo en el paraíso".

Amado Nervo nos dice en su poema de la "Hermana Agua", que ella toma la forma de los vasos que la contienen. Así también la oración. Se reviste de muy variadas formas, según el corazón de los hombres. A veces fluye como suave alabanza. Otras veces es súplica, reclamo, grito, gemido, acción de gracias, petición repetida o incansable.

En otras ocasiones, es apenas la expresión de una duda que nos taladra, la queja que traduce nuestra angustia interior, o nuestro desconcierto. Pero a cada paso necesitamos decirle algo al Señor. Pedirle que se acuerde de nuestra pequeñez. Necesitamos sobre el corazón de Dios un espacio, aunque sea muy pequeño, que nos pertenezca totalmente, que esté marcado con nuestro propio nombre.

Pero el Señor sabe hacer cambios admirables. Es su manera de negociar con nosotros. Un día en Caná, trocó el agua en vino. Cambió el corazón de un cobrador de impuestos por el de un apóstol evangelista. Otra vez, convirtió la petición de un recuerdo en un derecho para poseer de inmediato el paraíso.

Todos los días puede el Señor cambiar nuestra oración, pobre y quebrantada, en gracia y en paz perdurables. El secreto es que El nos ama y nunca se olvidará de nosotros. Nos lo dijo por boca de Isaías: "¿Acaso olvida una mujer a su niño de pecho? Pues aunque ella lo olvide, yo nunca me olvidaré de mi pueblo. Porque lo tengo tatuado aquí en mis manos”.

Padre Gustavo Vélez Vásquez m.x.y